

Pesca de piratas

*Para Alicia Rodríguez Almada,
por Ann.*

*Para José Ramón Enríquez,
por Mary y Rackham.*

*Lo que dijo
Mary Read
en su celda
cuando ya la habíamos cazado*

¿Agua? ¿Me traes agua? ¿Para qué quiero agua? No quiero nada, nada. Me quiero morir, rápido, ya... Aquí en la espera me he dado cuenta que me ha ocurrido algo peor que ser prisionera. ¡Estoy encinta! ¡Voy a ser madre! ¡Yo nunca he querido eso! ¿Cómo iba a quererlo? A su vez, mi madre tampoco quería darme a luz...

Porque resulta que cuando yo nací mi madre ya era viuda... Era muy joven, mamá, y así había quedado con un hijo de meses. Vivía en Londres, con la suegra, y quién sabe cómo y con quién, tuvo un desliz, gracias al cual, en poco tiempo, se vio embarazada. Cuando se le hizo su preñez inocultable, inventó que la hacían llamar unos parientes de provincia, y la suegra, que mucho no la quería, aceptó sin reparos la excusa, sin sospechar el verdadero motivo de su viaje. Mamá salió de ahí con su pequeño niño, que aún no llegaba al año, donde vivía protegida, ¡hacia la nada! Con la ropa que traía puesta y pocas monedas, suficientes para viajar un poco lejos de ahí a ocultar su vergüenza. Su vergüenza era yo.

No sé de qué vivió esos meses mamá, si entonces fue que empezó a hacer lo que durante años practicó, pero lo que sí sé es que con el dinero que salió de casa de la suegra, le alcanzó tan sólo para vivir algunas semanas, las suficientes para que mi hermano muriera en la miseria y para que en la misma miseria naciera yo.

Entonces (vamos, ya he dicho que no lo vi, pero es lo más seguro) mi mamá me dejaba a solas en la improvisada y miserable cuna y salía a la calle a encontrar un hombre que le pagara por estar a solas con ella. Yo entonces dejé de ser una vergüenza para convertirme en un estorbo. Un estorbo muerto de hambre, por cierto.

Hasta que cumplí dos años y dejé de ser un estorbo para convertirme en un buen pretexto. Escribió a la suegra, me vistió de hombre para hacerme pasar por su otro hijo, el que mató la pobreza, y regresó conmigo a ella, contando una historia tenebrosa de cómo sus parientes la habían abandonado. Y la suegra claro que la creyó, si teníamos la miseria pintada en la cara, y ofreció quedarse conmigo para cuidarme. Mamá le dijo que no podía dejarme, que le destrozaría el corazón, que moriría sin mí (lo que era más que mentira, porque ningún apego me tenía la ingrata), sabiendo que descubriría que yo no era hombre sino mujer, y la buena anciana aceptó (por el niño que ella creía que yo era) pasar a mamá una corona a la semana para mi manutención. Así que seguí vestida de hombre, en la época en que fui un pretexto, y dejé de vivir en la miseria. Comida sí había en el cuarto en que habitábamos. Mamá entonces se veía más contenta.

Cuando iba yo a cumplir diez años, la suegra murió, dejándonos nada. Y para no morirnos de hambre, mamá volvió al único oficio que conocía. Seguí vestida de hombre para no importunarla, porque cuando llegaba con alguien a la casa, me echaba a la calle, donde un niño encontraba muchos amigos, pero no una niña, no, para una niña en las calles de Londres sólo había maldad.

A los trece años entré a trabajar de lacayo en la casa de una dama francesa. Me aburrí a los pocos meses y me enrolé en un barco de guerra. No me gustó gran cosa, la disciplina era terrible, me había echado a la mar en busca de aventuras y libertad, pero ni una ni otra encontré en ese barco.

Lo abandoné y me alisté en el ejército de Flandes. Eso sí me gustaba, la verdad, y en todo me comporté con gran bravura, pero no obtuve ninguna comisión por mis valientes acciones, ya que todas éstas se compran y se venden. Dejé el servicio e ingresé en un regimiento de infantería.

Con los meses gané el aprecio de mis oficiales, porque yo nunca he temido a la muerte y siempre he gozado el peligro. Pero de pronto todo cambió.

Creo que ya había olvidado por completo que yo era mujer, cuando creció dentro de mí, monstruosamente, la admiración que yo sentía por uno de mis compañeros, Fleming. Empecé entonces a actuar tontamente, y nadie se explicaba por qué o cómo o qué me pasaba o si me había vuelto loco nomás o qué. Vamos, ni yo me lo explicaba. ¡Cuánto amé a Fleming! Desobligada, en la noche no podía dormir, ni en las mañanas despertar porque adentro de mí todo daba vueltas. Sí me había vuelto loca, y me había vuelto loca por él. Todo se me desordenaba allá adentro. Y claro, como ni dormía ni despertaba, todo me salía mal, al punto que descuidé incluso mis armas y falté a todos mis deberes... El mismo Fleming me miraba azorado. Como compartíamos la tienda, una noche me di maña para enseñarle que yo era mujer. Lo sorprendió muchísimo. Pero me guardé de decirle que yo estaba enamorada de él, porque lo quería para mí y no en balde he vestido de hombre, sé cómo son, y si yo le hubiera dicho o le hubiera dado a entender que moría por él de inmediato él hubiera perdido todo interés en mí. Le conté toda mi historia.

Al verse con una mujer de compañía, a la que él creyó exclusiva para él en la vida de campaña, Fleming se sintió feliz, creyendo que podría usarme a su gusto... Pero se equivocó, porque yo no accedí a nada, hasta que él, como yo quería, me propuso matrimonio... Y accedí entonces... a casarme. Coincidió con que terminó la campaña, y el regimiento marchó hacia su cuartel de invierno. Con el dinero que nos dieron a los dos, compramos un vestido de mujer para mí. ¡La sorpresa de todos nuestros compañeros al verme mujer creyéndome hombre!

Fue tanta la simpatía que despertó mi historia, tanto el alboroto por el matrimonio de los dos soldados, que muchos asistieron a la ceremonia. Mis antiguos compañeros acordaron hacerme un gran regalo de bodas, y así fue, con él tuvimos para comprar una hostería. Y, como he dicho, fue tanta la simpatía que despertó el verme mujer, que mi marido sin problema consiguió una licencia. Pusimos por nombre a la hostería "Las tres Herraduras". Nos establecimos cerca del castillo de Breda y veíamos el sitio siempre a abarrotar por la continua asistencia de los antiguos compañeros de regimiento.

Pero la suerte cuando es mucha es corta, Fleming murió, dejándome viuda. ¡Tan bueno fue conmigo que ni me embarazó! ¡Ay, lo quise tanto! Sola y vestida de mujer no sabía manejar-me. Tuve innumerables problemas, que no tengo por qué contar hoy que ya tengo uno tan enorme, así que cerré la hostería, volví a mis ropas de varón, y me eché a la mar con rumbo a las Antillas. Ibamos cerca de las Azores, cuando un barco pirata inglés nos atacó con fiereza, venciéndonos. Yo era el único inglés a bordo, así que me perdonaron la vida y me invitaron a compartir su vida. Lo hice con gusto. Y así hubiera seguido todo, de no ser porque mis compañeros oyeron decir que Woodes Rogers andaba otorgando perdones y decidieron acogerse a éstos. No me quedó más que seguir sus actos, porque no tenía yo con qué hacerme de un barco ni encontré compañía.

La vida en tierra no me fue grata. Ni qué decir que debía seguir vestida de hombre, tampoco creo que sea necesario aclarar que me aburría. Y no había hombres como mi Fleming, ni un solo hombre en todas las Antillas que siquiera se le pareciera remotamente, que moviera mi sangre como él lo hizo, porque así hubiera vencido todo aburrimiento...

Escaseaba el dinero. Oí decir entonces que Woodes Rogers, el que antes otorgara perdones, ahora buscaba hombres para armarlos de corsarios, y yo me hice a la mar rumbo a las Bahamas para conseguir patente de corso y regresar a la aventura: Pero lo de corsario no me gustaba tanto. Eso de servir a un rey, de sólo atacar a los que ellos decidían, respetando algunas banderas, no me agradaba. Menos aún eso de compartir con un amo las ganancias y las luchas con un sinnúmero de cobardes, que buenos serían para soldados pero por los que yo no daría un ochavo como piratas. Así que, apenas pude, regresé a la piratería. Fue con Rackham que volví, lo encontré cuando mercábamos ambos con contrabandistas y le pedí que me permitiera subir a su nave y él accedió... Ahí fue donde poco después corrí con la buena suerte de topar con mi querida Ann Bonny, compañera de lucha, que seguro no se ve en el mismo predicamento que yo, porque qué me ha de importar estar aquí presa si estoy en un estado peor... ¿Por qué me he embarazado, Dios mío? ¿Qué atrocidad he cometido para merecer este estado? No tiene de qué castigarme, si yo sólo he sido carnalmente de los hombres a los que por derecho he pertenecido. A mi marido, el primero, casada con él por la iglesia, y después viuda. Y ahora a este hombre... Él no es pirata, ¿lo sabíais? Ciertamente iba con nosotros en el buque, pero porque su oficio era útil, porque lo forzó Rackham a subir con nosotros, pero él es un hombre honrado... Buscábamos cómo dejar de ser piratas, tratábamos de reunir algún dinero para fundarnos fuera... De hecho él y yo sí lo reunimos. Lo tengo oculto. ¿No lo diréis a nadie, verdad? Lo tengo oculto para hacer con él vida decente, como le gusta al hombre que amo, y como me gustará a mí si es con él a su lado... Aunque ahora no sé... No sé qué pasará... Y yo embarazada, encinta, preñada, arruinada... ¿Qué haré con el chico?

—Te conviene estar encinta, Mary Read, porque por eso te perdonarán la horca.

—¿Por eso? No, esperarán a que alumbre y luego... zas. Para que yo tenga los dos castigos... Pero no lo culpo a él, no... Aunque... Pero no, él es un hombre bueno. Nunca intentó herirme. No es un hombre que hiera, sino un hombre que ama... Una vez lo retaron a duelo. Esperaban que llegásemos a tierra para batirse en pólvora y acero. Yo no lo podía permitir, si él no sabe usar las armas sino con torpeza. Entonces me embrollé en un lío con el mismo que lo había importunado (no fue difícil, era uno de esos bueno para calentarle la sangre, solamente para eso)... Y le dije que pelearía con él en ese preciso momento... Así lo hicimos, y, no tengo que decirlo, puesto que soy quien lo habla, que lo herí de muerte en el primer minuto. Eso hice para salvar la vida del hombre que amo. Por el mismo motivo ahora no digo su nombre ni lo diré, para que no pese como culpa haberse enredado con esta pirata... No pude casarme con él porque no hubo ministro que nos uniera, pero solemnemente le juré fidelidad y obediencia, y él juró casarse conmigo en cuanto fuera posible hacerlo... Claro, ahora embarazada todo es distinto... Él no podrá cumplir su palabra, y como es hombre de bien lo único que podrá hacer, si tengo vida, es repudiarme...

—Repudiaros, por qué...

—Porque sí, porque qué otra cosa va a poder... ◇

